

con lo cual disimuló algo la intensidad del descalabro. El sultan le nombró Kapudan-Bajá, ó gran almirante, y mudó su nombre de Uluch en el de Kilich, que quiere decir la Espada. Dedicáronse á la construcción de nuevos buques en los arsenales del imperio, y en un invierno se fabricaron ciento cincuenta galeras y ocho gabarras. Habiendo hecho observar el bajá al gran visir que era fácil construir bageles, pero que no le parecia posible proporcionarse en tan poco tiempo quinientas áncoras y todos los demas útiles y material correspondiente: «Señor Bajá, le contestó el visir Sokolli, el poder y los recursos de la Sublime Puerta son tales, que si fuera menester, les pondriamos jarcia de seda y velámen de damasco.» Kilich Alí se dobló hasta la tierra en señal de respeto y admiración. Como el bailío de Venecia, que aun permanecía en Constantinopla, se presentara un dia al gran visir, «¿Venís á saber, le preguntó Sokolli, cómo está nuestro ánimo despues de la derrota? Pues sabed que hay una gran diferencia entre vuestra pérdida y la nuestra. A vosotros, arrancándoos un reino, os hemos arrancado un brazo; vosotros, destruyendo nuestra flota, nos habeis cortado la barba: el brazo no retoña, y la barba crece mas espesa.»—Y no era baladronada del visir, porque en el mes de junio (1572) se lanzó al mar á caer sobre Candía la nueva armada turca compuesta de mas de doscientas velas.

¿Qué habian hecho entretanto los confederados?—Por el tenor de los capítulos de la liga, todos los años debian de estar sus escuadras en el mar en el mes de marzo, ó cuando mas tarde en el de abril, con un ejército igual por lo menos al que habian presentado en 1571; pero trascurria tiempo, y ni marchaban de acuerdo ni se movian. El papa Pio V., á pesar de sus muchos años cada vez mas fervoroso en fomentar y estrechar la liga, cuyos primeros frutos habian sido tan lisonjeros, no cesaba de trabajar por que perseveraran en ella y obraran con actividad los ya comprometidos, ni de instar nuevamente á los soberanos de Austria, de Francia, de Portugal, de Polonia y de Persia á que entraran en la confederación. Pero fueron otra vez inútiles las escitaciones del virtuoso anciano. A pesar del triunfo de Lepanto, los unos le contestaron con evasivas, alguno con promesas, y los demas con buenas palabras. Retraíalos ó el temor del peligro propio, ó el de cooperar al excesivo engrandecimiento de la nacion española.

Venecia no dejaba de prepararse á otra lucha: nombró á Jacobo Soranzo en reemplazo del malogrado Agustin Barbarigo; y aun por complacer á don Juan de Austria y evitar las antiguas disensiones, accedió á dar á Jacobo Foscarini el mando en gefe que antes tuvo el irritable Sebastian Veniero. Tambien por parte de España se nombró lugarteniente de don Juan al duque de Sessa, en sustitucion del comendador de

Castilla Réquesens, que fué destinado al gobierno de Milan por fallecimiento del duque de Alburquerque. Mas luego se renovaron los anteriores desacuerdos sobre el punto á que debería encaminarse la expedición, mostrando empeño los venecianos por volver á Levante, teniendo los españoles por preferible la jornada á Berbería, opinando otros por dividir las fuerzas y acometer las dos empresas á un tiempo, y creyendo el pontífice que se podía ganar á Constantinopla y la Tierra Santa ⁽¹⁾. Determinóse al fin lo que nunca debió dudarse, que era proseguir lo comenzado, y don Juan de Austria anhelaba la partida, ya por su natural ardor bélico, halagado con el triunfo, ya porque el pontífice le hubiera prometido interponer su mediación para que se le reconociera la soberanía del primer reino que conquistara, y los cristianos de la Albania y la Morea se le ofrecían por vasallos, incentivo grande para un jóven ávido de gloria, y aspiración nada estraña en quien sin duda se sentía no menos digno que cualquiera otro de ceñir una diadema.

Sucedió en esto la muerte del santo papa Pio V. (1.º de mayo, 1572), el ardiente promovedor y fomentador de la liga. Y cuando Gregorio XIII ⁽²⁾, que le sucedió en la silla de San Pedro acosaba á la liga y

(1) Carta de don Juan de Zúñiga á don Juan de Austria desde Roma. Biblioteca Nacional, Cod. 6. 45.
(2) Antes cardenal de San Sixto, ó cardenal Buoncompagno.

estimulaba á don Juan «con breves de fuego,» como éste decia, y cuando los venecianos clamaban á voz en grito por que se moviese ⁽¹⁾, entonces Felipe II. ordenaba á su hermano don Juan de Austria que permaneciese quieto en Mesina, exponiéndole á interpretaciones nada favorables ni honrosas por parte de los venecianos, y teniendo que contentarse don Juan con dar á los coligados veintidos galeras con cuatro mil italianos y mil españoles. ¿Qué era lo que movía á Felipe II. á obrar de esta manera, cuando antes habia mostrado su deseo de que don Juan prosiguiera lo mas brevemente posible la comenzada empresa hasta sacar todo el fruto que era de esperar de la primera victoria? ¿Eran solo las dificultades que se le suscitaban por parte de la Francia con relacion á la guerra de Flandes? ¿O eran tambien temores de que su hermano, remontando demasiado el vuelo, llegára á obtener alguna de las soberanías con que sus amigos, y hasta el mismo pontífice parece encendian su juvenil ambicion? Para nosotros es cierto que Felipe II. no queria permitir que su hermano don Juan se remontase mas arriba de la esfera en que él le habia colocado. Felipe II. habia prevenido á sus ministros en Italia que honrasen y sirviesen al señor don Juan, pero que

(1) Cartas de don Juan de Austria á don Sancho de Leiva y al cardenal Granvela.—Biblioteca Nacional, Cod. G., 45, fól. 174 y 207.—En otra á don Garcia de Toledo, á 5 de mayo, le decia: «Sien-
to mucho ver que se nos va el tiempo este año en dilaciones como si estuviesen las cosas como el pasado.»—Archivo de la casa de Villafranca.

no le tratáran de *Alteza* ni de palabra ni por escrito: que el título de *Excelencia* era lo mas que podían darle, y les recomendaba no dijese á nadie que habían recibido órden suya sobre esto. La misma prevencion se hizo á los embajadores de Alemania, de Francia y de Inglaterra ⁽¹⁾. Y el que así se mostraba receloso del dictado de *Alteza* que daban á su hermano, es evidente que hacía lo posible porque no llegará á decorarse con el de *Magestad*.

Al fin el rey, que no podía negarse á las instancias del nuevo pontífice y del senado de Venecia, disipados por otra parte los temores de Francia, dió órden á don Juan para que partiese de Mesina á incorporarse en Corfú con la armada veneciana que ya andaba por los mares de Levante. Mas ya en esto era llegado el mes de julio ⁽²⁾, y hemos visto atrás como los turcos se habían anticipado. A fines de julio levaron anclas de Corfú las escuadras de la liga, y hasta agosto no acabaron de reunirse las fuerzas dispersas de los confederados. El 7 se avistaron las dos armadas enemigas. Constaba la del turco de doscientas galeras, con las de los corsarios: la de la liga no llegaba á ciento cincuenta, bien que las galeazas le

(1) Carta del secretario Zayas al duque de Alba.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 546.

(2) El 6 de julio arrancó don Juan de Mesina, con Marco Antonio Colonna, el proveedor veneciano Lorenzo y el comendador

español Gil de Andrade. Don Juan se separó de ellos en el Faro, dirigiéndose á Palermo, y los otros prosiguieron su viage, enarbolando Colonna el estandarte de la Liga.

daban una fuerza que equivalia á la de muchas naves turcas. No nos incumbe seguir los movimientos y maniobras de ambas armadas en los dos meses de agosto á octubre. Uluch Alí, siempre mañoso, y amaestrado ya mas por la esperiencia, tomó por sistema rehuir un combate general, dividir, si podia, las fuerzas enemigas, y cuando nó retirarse, bien que siempre á boga pausada, ó esperar inmóvil cuando la posicion le favorecia. Dos veces se encontraron las dos armadas, delante de Cerigo y cerca del cabo Matapan, sin combate que diera resultado. Los turcos se retiraron lentamente sobre Modon y Navarino. Los aliados intentaron estorbar la reunion de las escuadras otomanas, que se verificó sin embargo. Los sitios y ataques que se emprendieron, primero sobre Modon, despues sobre Navarino, se abandonaron tambien como empresas ó dificiles ó poco provechosas. El 7 de octubre, aniversario de la célebre victoria de Lepanto, creyeron todos y creyó el mismo don Juan que se iba á renovar una batalla y un triunfo igual ó superior á aquél. Pero una hábil retirada de Kilich Bajá eludió el combate, y solo quedó en poder de los cristianos la galera de un nieto de Barbaroja que apresó don Alvaro de Bazan, y que por ser tan hermosa fué llevada á Napoles, y sirvió en la armada española con el nombre de *la Presa* ⁽¹⁾.

(1) Foglietta, lib. IV.—Sagreburo IV.—Parutta, tom. III. do, p. 405 á 409.—Gratiani, li-

Proponia don Juan forzar el puerto de Modon, en que se encerraba la armada turca, única manera á su juicio de poder sacar de esta segunda expedicion el fruto que se iba buscando. Pero el consejo desaprobaba esta idea; y disgustado y cansado don Juan de ver el poco acuerdo que reinaba entre los generales de la liga, y convencido de que cada cual obraba por sus particulares designios y fines, atado ademas por el rey su hermano y sujeto al voto de los otros capitanes, y no pudiendo obrar por su cuenta, determinó dar la vuelta á Italia (9 de octubre), y suspender las hostilidades hasta el año siguiente. En su virtud los venecianos pasaron á invernar á Corfú, la flota del pontífice á Roma, y don Juan volvió con su escuadra á Mesina, y desde allí á Nápoles. Tal fué la infructuosa expedicion de 1572, emprendida con indisculpable retraso, continuada con lentitud y malograda por las disidencias y desacuerdos. Nadie hubiera creído en octubre de 1571 que los vencedores de Lepanto habian de regresar así en octubre de 1572 (1).

(1) Dió don Juan de Austria una prueba de su magnánimo corazón y nobles sentimientos, restituyendo generosamente la libertad al hijo de Ali Bajá que los aliados habian hecho prisionero, dándole seguro para que fuese respetado en todas partes, y devolviéndolo á su hermana Fátima un magnífico y suntuoso presente que habia enviado al príncipe español con una carta; suplicándole la li-

bertad del cautivo. Don Juan no habia olvidado el buen trato que los cautivos cristianos habian recibido de Ali Bajá, cuya muerte sintió, y quiso excederle en generosidad. Tales rasgos atraian á don Juan de Austria el respeto y estimacion hasta de sus mismos enemigos.

«Noble y virtuosa señora (decia don Juan en su carta de contestacion á Fátima). Dende la primera

Resueltos estaban sin embargo Felipe II., don Juan de Austria y el pontífice Gregorio á repetir la expedicion en 1573 con arreglo á lo estipulado en la liga, y aun se habia acordado aumentar las galeras hasta el número de trescientas y los combatientes hasta el de sesenta mil, cuando llegó á su noticia que Venecia andaba negociando la paz con el turco. En efecto, aquella república mercantil, en cuyo provecho habian obrado hasta entonces sus generosos aliados, calculó, no diremos ahora si con error ó acierto, sobre sus intereses, creyó hallar ventajas en

» hora que fueron traydos á mi ga-
 » lera Mahamet Bey y Mahamut
 » Bey sus hermanos, despues de
 » haber vencido la batalla que di
 » al armada del Turco, conocien-
 » do su nobleza de ánimo y bue-
 » nas costumbres, considerando
 » la miseria de la flaqueza hu-
 » mana, y quan sujeto es á mu-
 » danza el estado de los hombres,
 » añadiendo el ver que aquellos
 » nobles mancebos venian mas en
 » el armada por regalo y com-
 » pañia de su padre, que para
 » ofendernos; puse en mi ánimo,
 » no solamente de mandar que fue-
 » sen tratados como hombres no-
 » bles, pero de darles libertad
 » cuando me pareciese ser la oca-
 » sion y tiempo para ello. Acres-
 » centose esta intencion en rescii-
 » biendo su carta tan llena de
 » afliccion, y afliccion fraterna, y
 » con tanta demonstracion de de-
 » sear la libertad de sus hermanos:
 » y quando pensé poder imbiarse-
 » los ambos, con grandísimo des-
 » contentamiento mio llegó á Ma-
 » hamet Bey el último fin de los
 » trabajos, que es la muerte. Em-
 » bio al presente en su libertad á
 » Mahamut Bey y á todos los otros
 » captivos que me ha pedido, como
 » tambien embiara al defuncto si
 » fuera vivo: y tenga, Señora, por
 » cierto, que me ha sido desgusto
 » particular no poderla satisfacer
 » y contentar en parte de lo que
 » deseaba, porque tengo en mucha
 » estima la fama de su virtuosa
 » nobleza. El presente que me em-
 » bió dexé de rescibir, y lo huvo el
 » mismo Mahamut Bey, no por no
 » preciarle como cosa venida de su
 » mano, sino porque la grandeza
 » de mis antecesores no acostum-
 » bra rescibir dones de los necesi-
 » tados de favor, sino darlos y ha-
 » cerles gracias; y por tal, rescibi-
 » rá de mi mano á su hermano, y
 » á los que con él embio: siendo
 » cierta que si en otra batalla se
 » volviese á captivar, ó otro de sus
 » deudos, con la misma liberalidad
 » se les dará libertad y se les pro-
 » curará todo gusto y contenta-
 » miento. De Nápoles, á 13 de ma-
 » yo, de 1573.—A su servicio, don
 » Juan.»

la paz, y no tuvo escrúpulo, como no le había tenido otras veces, en faltar á sus mas solemnes compromisos. Contribuyó mucho á facilitar la negociacion el embajador francés en Constantinopla, Noailles, obispo de Aix, por segunda vez encargado de representar los intereses de su monarca cerca del sultan. El 7 de marzo (1573) se ajustó la paz entre la Puerta y la república, con condiciones tan desventajosas y humillantes para esta, que ademas de los 300.000 ducados que por espacio de tres años se obligaba á pagar al Gran Señor, venia á dejarle y asegurarle sus conquistas. A juzgar por este tratado se habria creído que los turcos habian ganado la batalla de Lepanto ⁽¹⁾.

Felipe II. recibió la noticia con su acostumbrada é imperturbable serenidad, diciendo que si la república obraba así por su interés, él habia obrado en bien de la cristiandad y de la misma república. No lo creía don Juan de Austria cuando se lo anunciaron: su noble corazon se resistia á admitir como verosímil semejante proceder. Pero tuvo que creerlo cuando se lo comunicaron por escrito los mismos venecianos. Entonces quitó de su galera real el estandarte de la liga, y enarboló en su lugar el pabellon español.

(1) Relacion del bailio de la república Marco Antonio Bárbaro, Manuscritos de Rangoni, en la Biblioteca imperial y real, citada por Hammer en la Historia del Imperio otomano.

Deshecha así la Liga con tan poca honra para sus quebrantadores, ¿qué se hacia, y en qué se empleaba la escuadra española? Era natural que se pensara en destinarla á la espedicion de Berbería, proyectada ya un año antes. «Que sería poca autoridad, (decia don Juan de Austria al cardenal Granvela) á las cosas de S. M. haber juntado una armada tan gruesa con tantos gastos, y deshacerla sin sacar ningun fruto dello, tanto mas habiéndome S. M. mandado escribir diversas veces y mostrado particular voluntad y deseo de que se haga la empresa de Tunez y Biserta.» Y así se determinó, despues de proveer lo necesario á la defensa de las costas de Sicilia y Nápoles, que por entonces parecian aseguradas segun las noticias que se tenian de la armada turca. Si se difirió hasta setiembre la espedicion, fué sin duda porque nuestra escuadra se encontraba, como escribia don Juan, «sin un solo real, y con muchos centenares de millares de ducados de deuda ⁽¹⁾.» Al fin, con los escasos recursos que pudieron haberse, quedando Juan Andrea Doria con cuarenta y ocho galeras en Sicilia, y tan pronto como el temporal lo permitió, dejó don Juan las costas de Italia (1.º de octubre), y enderezó el rumbo á la Goleta con ciento cuatro galeras, bastante número de fragatas y naves,

(1) Carta de don Juan de Austria al cardenal Granvela, en el Archivo de la casa de Villafranca, y en el tomo III. de la Coleccion de Documentos inéditos, p. 426.

y veinte mil hombres de guerra, sin contar los aventureros y entretenidos.

Luego que arribó á la Goleta, sacó de allí dos mil quinientos veteranos españoles, «que hacian temblar la tierra con sus mosquetes,» dice un historiador, y poniendo en su lugar otros tantos bisoños, se encaminó á Tunez. No habia necesitado don Juan de tanto aparato, porque halló abiertas las puertas de la ciudad, y el alcaide de la Alcazaba, que dijo la tenia á nombre de Muley Hamet, le hizo entrega de ella. Halló don Juan en Tunez cuarenta y cuatro buenas piezas de artillería, con gran cantidad de municiones y de vituallas. No permitió que se hiciera esclavos á los habitantes; por el contrario, ofreciendo seguro, no solo á los que habian quedado en la ciudad, sino á los que habian huido de ella, muchos volvieron á darle obediencia en nombre del rey de España. Determinó don Juan se construyera un fuerte capaz de contener ocho mil hombres junto al Estanque, que protegiera á la Goleta, cuya obra encomendó al entendido Gabrio Cervelloni, con título de gobernador y capitán general. Dejó de guarnicion los ocho mil hombres, entre españoles é italianos, á cargo del maestro de campo Andrés de Salazar, y la isla al de don Pedro Zanoquera. Si es cierto que los secretarios Soto y Escobedo opinaban que don Juan podia y aun debia alzarse por rey de Tunez, lo es tambien que él se contentó con arrancarle á la tiranía de

Uluch Alí, poniendo en su lugar á Muley Hamet, á quien encargó gobernara los moros en paz y justicia.

Para asegurar mas á Tunez, pasó á ocupar á Biserta, que se le entregó de su voluntad. Los turcos que la presidiaban fueron muertos por los mismos moros, y el general español puso por gobernador al mismo caudillo de estos, bien que con la precaucion de dejar en el castillo á don Francisco Dávila con trescientos soldados. Volvióse con esto á la Goleta (17 de octubre), donde cometió el error, extraño en el talento de don Juan (que de haber sido error veremos la prueba mas adelante), de dejar en el gobierno de aquella importante fortaleza á don Pedro Portocarrero. Logrado tan rápidamente y en tan breves dias el objeto de su expedicion, reembarcóse el jóven príncipe para Italia (24 de octubre), llegó á Palermo y de allí pasó á invernar á Nápoles, «donde la gentileza de la tierra y de las damas, dice un historiador español, agradaba á su edad (1).»

Tales fueron los resultados de la famosa Liga de 1570 contra el turco, solicitada por Venecia y rota

(1) Cabrera, Hist. de Felipe II. libro X., c. 44.—Relazione di Tunis ó Biserte, MS. de Rangoni. Trajo consigo don Juan de Austria á Muley Hamid, el hijo de aquel Muley Hazem, á quien Carlos V. habia restablecido en el trono de Tunez. El malvado Hamid, que habia hecho sacar los ojos á su padre, y pagado con ingratitud los servicios del emperador, ne-

gándose á satisfacer el tributo estipulado, vino ahora á implorar de don Juan su restablecimiento en la soberanía de Tunez, pero sus súplicas fueron tan inútiles como merecian serlo. Don Juan dió el vireinato á su hermano Muley Hamet, y á él le trajo consigo á Italia, para que no perturbara á su hermano.

por aquella república. Tales los de la memorable batalla naval de Lepanto, tan gloriosa para los coligados, y señaladamente para don Juan de Austria. El fruto que de ella se recogió no fué ni el que se debió ni el que se pudo. Las causas ya las hemos manifestado. Sin embargo, estamos lejos de creer que hubieran podido los aliados ir derechos á Constantinopla, como entonces deseaba el pontífice y despues han creído algunos historiadores. Otro tanto distamos de los que afirman que la victoria fué enteramente infructuosa. Lo cierto es que el historiador del imperio otomano, algunas veces citado por nosotros, despues del capítulo que dedica á la guerra de Chipre, á la liga y á la batalla, comienza el siguiente con este epígrafe: «*Época de la decadencia del poder otomano.*»

APÉNDICES.

I.

COPIA DE UNA CARTA ORIGINAL DEL SECRETARIO ESTEVAN PRATS,
SOBRE LOS MEDIOS DE QUE S. M. DEBERIA VALERSE PARA ATA-
JAR LA REBELION DE LOS PAISES BAJOS.

(Archivo general de Simancas, Estado, leg. 549, fól. 404.)

S. C. R. M.

Como quizá por otras mis cartas y relaciones que de cuatro meses á esta parte entre otras he embiado, asi al Consejero Hoperus como al Secretario Zayas, V. M. habrá podido entender por menudo las ocurrencias y miserable estado de los negocios públicos de este su pobre pais, el cual va cada dia en mayor ruina y perdicion por las causas y razones por mi estensamente deducidas á las dichas relaciones, á las cuales me refiero por haber tocado en ellas á mi parecer todo lo que entonces se ofrecia y podia representar á V. M., asi para la inteligencia del dicho estado como para el remedio de la calamidad presente: Todavía por la natural obligacion que tengo á su Real Servicio, y por continuar en mi oficio que he hecho desde mi mocedad, señaladamente de lo de acá y Alemania, siguiendo la córte y ejércitos del Emperador nuestro Señor que Santa gloria haya, siendo aun V. M. Príncipe, y habiendo quedado por Gobernador general en esos